

María José Aguilar Rueda

# El niño de papel



 Círculo Rojo  
EDITORIAL

Premio BerjArte 2020

---

Primera edición: abril 2021

Depósito legal: AL 919-2021

ISBN: 978-84-1398-696-8

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: María José Aguilar Rueda

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de la Pasarela: ICAS-SAHP, Fototeca Municipal de Sevilla, fondo Caparró

© Diseño de cubierta: María José Aguilar Rueda

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, ecológico.

---

---

Me complace poner en tus manos el primer fruto del Certamen Literario BerjArte, como materialización de una apuesta decidida por la cultura, tanto del Ayuntamiento de Berja como de la Asociación BerjArte. Que esta primera edición haya tenido una magnífica acogida, pues no en balde concurrieron un total de cincuenta y ocho obras procedentes de toda la geografía española, es la mejor acreditación del éxito de la convocatoria, que nace con vocación de continuidad, y que esperamos se convierta en un premio de relevancia nacional.

La gestión del certamen ha sido un trabajo coral entre el Área de Cultura, la Biblioteca Municipal y la Asociación, que quiero agradecer desde estas líneas, con mención especial al Comité de Lectura y al Jurado por su valioso criterio en la selección de las obras.

María José Aguilar Rueda se hizo finalmente con el premio, con esta preciosa obra que hoy presentamos, que nos lleva a sumergirnos en la Sevilla de principios del pasado siglo, siguiendo de cerca la vida de un buen número de interesantes personajes, que nos harán disfrutar con la concienzuda trama que la autora ha urdido en torno a ellos.

El libro, que presenta un lujoso formato, con pasta dura y una atractiva portada, diseño también de M<sup>a</sup> José, ve la luz gracias a la colaboración de la Editorial Círculo Rojo que, al conocer la convocatoria del certamen, no dudó un momento en apoyarlo decididamente.

Estoy seguro de que la novela va a resultar todo un éxito, como espero que lo sean también las que resulten premiadas en ediciones venideras.

Sin más, te invito a conocer La Tarazana y a sus singulares vecinos.

**José Carlos Lupión Carreño**  
*Alcalde de Berja*

---

A mis padres, José María y Lourdes,  
por regalarme el tiempo.

A mi hermano, Fran,  
que siempre ha sido parte de él.

A Thiago y Leo, que llegaron para robármelo y  
devolvérmelo cargado de orden y sentido.

Y a Dani, por compartirlo conmigo.

---

---

· 3 de abril de 1985 ·

Habían pasado muchos años desde que aquella caja había sido cerrada y sepultada en el Cementerio de San Fernando. Un olor a madera podrida y a tierra húmeda flotaba en el ambiente cuando los operarios la dejaron sobre el suelo durante una de las exhumaciones de oficio que se realizaban en el camposanto sevillano. Al abrirla, la exhalación del interior se mezcló con el aire estancado bajo la sombra de un ciprés que dejaba escapar tímidos rayos de sol entre sus ramas.

Una luz relampagueó bajo unos huesos pétreos dejando entrever unas piezas rutilantes que ninguno de ellos supo identificar.

Antes de que los restos fuesen trasladados al osario general, esos objetos fueron salvados.

Esta es su historia.

---

---

PRIMERA PARTE  
*Lluvia*

---

Adela nunca supo los nombres de las ocho personas que murieron ahogadas a causa de la tormenta que se desató mientras ella venía a este mundo, pero durante toda su vida les dedicaría las plegarias que le había enseñado su madrina Matilde. Aquella tarde del 7 de enero de 1897, una lluvia con hambre de muerte sorprendió a Sevilla, inundando y cubriendo de barro sus calles. La marca que dejó el agua en la fachada del corral de vecinos de La Tarazona nunca llegó a borrarse del todo, como tampoco lo haría el recuerdo de aquella tempestad que presagiaba nieve pero que no se atrevió a ser tan fría. Ese mismo día, el 7 de enero, iba a ser presentado por primera vez en la ciudad, en el número 68 de la calle Sierpes, el «verdadero» cinematógrafo Lumière. Así lo había anunciado *El Noticiero* diez días antes, cuando aún era imposible saber que el luto impuesto tras el catastrófico temporal obligaría a suspender la función.

En el otro extremo del mundo, en las Indias inglesas, un acaudalado comerciante de fieras con un ojo de menos y un brazo estropeado, un holandés llamado Mr. Van Ramborgen, terminaba de sumar las últimas cifras de su desdicha. Había perdido un capital de más de un millón de francos, además de trescientos cincuenta mil *banknotes*, a causa de un incendio que devoró su magnífica colección de alimañas, entre las que se hallaban un tigre comedor de hombres y un extravagante oso de las montañas de Nepal. La pequeña Adela no lo sabía, pero el batir de las alas

---

de una mariposa que volaba sobre los restos calcinados de aquellos animales llegaría a sentirse, mucho tiempo después, en las calmas aguas del Guadalquivir.

Adela nació tras un parto difícil pero celebrado en el corral. Era tanto el tiempo que había pasado desde el último nacimiento que ninguno de los vecinos era capaz de recordar quién había cerrado ese círculo de vida. Las suyas comenzaban a ser evocaciones lejanas de una infancia que algunos estaban seguros de haber vivido entre aquellas paredes encaladas, pero había llovido tanto desde entonces que los primeros recuerdos hacía mucho que habían dejado paso a otros más recientes, incapaces de contener ilimitado número de vivencias. Adela sería la hija de todos, aunque en realidad lo fuese de Carmen y Agustín, los inquilinos de más reciente mudanza que apenas llevaban unos meses alojados en la habitación derecha de la parte baja del corral. El embarazo de ella era ya visible cuando se instalaron. Desde el primer día, todas las vecinas se ocuparon en coser las ropitas para el esperado bebé y en preparar los ungüentos que acompañarían a la madre en las horas finales del alumbramiento, que sacaría de la penumbra a aquella casona apagada de risas y juegos.

Esa tarde la lluvia lo ahogaba todo. Las jaulas de madera con varillas de hierro no dejaron escapar una sola nota a los jilgueros apresados en ella. El agua rebosaba los bordes de las macetas, cuya tierra saciada se negaba a absorber más líquido. Colgados de las paredes, los geranios y gitanillas se desplomaban hacia el suelo por el peso del agua. A sus pies, encharcadas, la flor de la suegra y la nuera, la de la china, y helechos y pilistras de ancha hoja verde se tornaban grisáceas bajo el llanto del cielo. Era tanta la lluvia que los vecinos del corral empezaron a temer que incluso el pozo central del patio terminaría desbordándose. Su júbilo apenas podía reflejarse en unos charcos que tardarían mucho en frenar la danza acompasada de unas gotas inmensas. A Matilde, la mujer de Gregorio, el zapatero remendón, y quien habría de ser

---

la madrina de Adela, la falda le pesaba a cada paso que daba de una habitación a otra en busca de sábanas y colchas para cubrir a la parturienta. Había escogido las mejores telas de cada familia, las más limpias y blancas, y durante la mañana había preparado un caldo con dos gallinas viejas. Era una mujer supersticiosa que veía en aquel acontecimiento la marcha definitiva del fantasma de la infertilidad que tanto tiempo atrás se había instalado a vivir con ellos. Tras años de intentos, hacía mucho que había asumido que ella nunca sería madre y, segura como estaba de que cada uno de sus movimientos ahuyentaba a aquella sombra espectral, su cuerpo no paraba, a pesar de la cojera que la hacía arrastrar su pierna izquierda como si con ella quisiera borrar la huella dejada por su pie bueno. Días como ese, la humedad se instalaba en sus huesos y el dolor se acrecentaba hasta paralizarla. Pasaba semanas enteras en la cama, inmóvil, sumida en sus oraciones, pero desde que supo que la criatura estaba a punto de llegar al mundo, los preparativos para ella se convirtieron en un ritual, y cada uno de sus gestos iba acompañado de unas palabras sagradas que estaba convencida de que la ayudarían a aliviar el padecimiento de la madre y el suyo propio. Había colocado bajo la almohada de Carmen unas tijeras para que no llegase a sufrir los dolores de entuerto y ya tenía preparados tres cuernos que metería debajo de la cama si finalmente los padecía. En un bolsillo del delantal llevaba un puñado de sal que arrojaba al suelo cada vez que pasaba por la puerta de entrada o por alguna ventana de las que daban a la calle, mientras rezaba a Santa Bárbara Bendita, con la esperanza de apaciguar a los espíritus de la tormenta y que un rayo no les cayese encima esa tarde.

Entre oraciones y conjuros, Matilde había mandado a Gregorio al Almacén de Coloniales de la calle Feria a por dos onzas de chocolate, porque decía que allí vendían el más dulce, para aliviar el dolor que la madre sentía. Dejó también en sus manos los preparativos del festejo que celebrarían esa noche por mucho que retumbase

---

todo. Los sevillanos veían en aquellas luces que estallaban en el cielo la furia encolerizada del mismísimo demonio, pero para los vecinos de La Tarazona no eran más que el anuncio de la buena nueva que se traían entre manos, y por nada del mundo dejarían que la fiesta en honor del primer bebé nacido al abrigo de aquellas paredes en años fuese un bautismo a oscuras. Para ellos, los ensordecedores truenos que escuchaban eran los encargados de avisar al pueblo de que algo grande iba a pasar y el agua que lo inundaba todo no era más que el símbolo de la pureza del acto que aguardaban. Si la borrasca no abandonaba Sevilla y les impedía salir del corral, echarían mano de un bautismo de necesidad. Lo harían allí mismo y otro día irían a la iglesia a que el cura le hiciese la cruz al bebé.

Pero en nada de esto podía pensar Carmen, retorciéndose de dolor rodeada de sus vecinas. Junto a su cama, convenientemente dobladas, diminutas ropitas; sobre su frente, un sudor helado que le empapaba los ojos. Sus puños cerrados marcaban unos nudillos delgados que conservaban las cicatrices que la plancha había dejado en su piel y agarraban con tanta fuerza las sábanas que parecía que no resistirían un nuevo empuje. Junto a ella estaban la matrona y Gracia, que rezaba a sus pies desde que comenzaron los primeros dolores, dando un pequeño respingo en su asiento cada vez que Carmen emitía un gemido sordo que terminaba convertido en un lamento estentóreo. Matilde había dispuesto que ella sería la encargada de espantar a la muerte, convencida de que andaba rondándoles, en forma de esqueleto con guadaña y sudario, para sobrevolar cuatro veces la cama y colarse otras tres por debajo. Si llegaba a conseguirlo, Carmen se iría con ella.

Pegado a la puerta de la habitación aguardaba Agustín, el padre de la criatura, junto a Gregorio y otros dos hombres, todos con sus capas de paño y paraguas en mano, fumando y contemplando el suelo en silencio. El viejo Paco los observaba como quien mira sin ser visto, tras un visillo invisible que hacía que nadie reparase en su presencia. Fingía espantar a los gatos que, bajo el corredor del

---

primer piso, restregaban su cuerpo en las hojas de una planta, pero ni siquiera el aullido de los felinos revelaba su figura a los ojos de aquellos hombres. Hacía mucho que su carácter huraño lo había convertido en un extraño a evitar por los demás vecinos y, aunque en realidad no era tan viejo, todos se referían a él con ese apelativo al ser el mayor de los niños que habían nacido y habían sido criados en La Tarazana. De entre todos ellos, Gregorio y él eran los únicos que todavía vivían en el corral. Los demás, hacía mucho que se habían marchado o habían muerto antes de tiempo. Dejó de espantar gatos cuando Matilde salió de la habitación con un bebé en sus brazos y anunció a todos que era una niña. Por un momento, el gesto de Agustín se torció ante aquellas palabras. Hasta ese instante creía que, al igual que sus padres y los padres de sus padres, él también tendría un primogénito. Matilde se acercó a él, descubrió la cabeza de la niña y Agustín tocó su frente antes de darse la vuelta para estrechar la mano de Gregorio y recibir un par de palmaditas en la espalda.

—Será Adela, como mi madre —anunció Agustín.

Cuando Matilde salió de la habitación con el bebé, Gracia terminó sus oraciones y se ocupó de cambiar las ropas manchadas de Carmen. Dejó las telas que habían utilizado en un canasto de mimbre con la intención de lavarlas de inmediato y se dispuso a hacer sahumero con alhucema y romero para perfumarlas antes de devolvérselas a sus dueñas. Todo estaba ya limpio cuando Matilde regresó y dejó a la niña junto a la exhausta madre.

Unas horas después, cuando la lluvia aflojó su furia, decidieron ir hasta la parroquia de Santiago a bautizarla. El temor a que algo irremediable ocurriese y se llevase a la niña sin acristianar era más fuerte que cualquier tormenta. Cien metros de recorrido bastaron para calar los pies del cortejo y manchar los bajos de pantalones y faldas de un barro ligero.

La cruz de forja negra de la espadaña de la iglesia sobresalía en el cielo plomizo, y sus jarrones laterales de cerámica, espigados, no

---

dejaban ver sus pinturas. Desde el pórtico hasta la pila bautismal un reguero de agua y fango marcaba el trayecto recorrido por el séquito vecinal. Junto a la pila los esperaba don Eulogio, el cura, un hombre viejo pero que tenía su aquel. Matilde, con la niña entre sus brazos, se situó a su lado y deslizó la gruesa manta que la cubría solo lo necesario para dejar al descubierto su cabeza. Las palabras que don Eulogio pronunció resonaron acompañadas del incesante golpeo del agua sobre la cubierta de la iglesia mientras rociaba los labios de la pequeña con sal. Matilde sonrió al comprobar que sobre ellos quedó la suficiente como para afirmar que sería una niña con gracia, y su gesto se mantuvo cuando vio que sobre su cabeza no se derramaba demasiada agua. Solo se borró cuando el bebé emitió un pequeño gruñido que interpretó como el comienzo del llanto. Era por todos bien sabido que si un niño lloraba en exceso durante su bautismo era signo evidente de su carácter débil y poco dado a la templanza. Su inquietud contagió al resto, algo que la pequeña pareció notar porque, del mismo modo que había llegado, en un abrir y cerrar de ojos, el quejido desapareció. Todos suspiraron aliviados al ver que la niña se mantenía en calma a pesar de la sal, el agua y la cruz sobre su frente.

El rito terminó y todos marcharon campantes hacia la salida, acompañados por don Eulogio. Gregorio, como marcaba la costumbre, echó unos cuartos y algunos octavos al aire pero, como no había muchachos para disputarse el *pelón*, volvió a recoger las monedas antes de que Matilde pudiera verlo y terminasen ahogadas en los charcos de la calle. Como padrino, había asumido los gastos del bautizo y de la fiesta que les esperaba, lo que le supuso un esfuerzo considerable, y sabía que su mujer no vería con buenos ojos que una tradición pudiera romperse ese día. Ella estaba tan ocupada en evitar que una solo gota de lluvia cayese sobre la pequeña Adela, que esos cuartos mojados quedaron de nuevo a buen recaudo en su faltriquera sin que Matilde lo viese siquiera agacharse.

---

Regresaron a La Tarazana con paso rápido, envueltos en un silencio ficticio apenas roto por los suspiros entrecortados de las mujeres y las voces de aliento de los hombres. Bajo un cielo atronador, sentían en su cuerpo la amenaza de ser arrastrados por la lluvia. A duras penas consiguieron llegar hasta la verja negra que daba entrada al corral y que, tras la tormenta, vería corroerse a una velocidad mayor su pintura. Fue junto a ella donde, sobre la manta que cubría el rostro de la criatura, cayó sin aviso la cascada violenta de una teja que fue a romperse a los pies de Matilde. El silencio se quebró por el llanto de la niña que vino a ser bautizada de nuevo por su propia casa. En esta ocasión, fue tanta el agua que cayó sobre su cabeza que la manta quedó empapada. Matilde la despojó con rapidez de ella y la envolvió con la túnica de lana que llevaba sobre sus hombros y que había conseguido mantener seca. Buscó refugio en el zaguán, de donde no se movió hasta que el llanto de la pequeña Adela amainó. La mecía de un lado a otro, canturreando nanas que había aprendido cuando todavía era una niña y tuvo que encargarse de sus hermanos. La melodía acompañada funcionó y el bebé llegó en calma a la habitación en la que se encontraba Carmen, soportando aún los últimos asomos de lo que todavía luchaba por salir de su cuerpo.

—Te devuelvo a tu Adelita, Carmen —susurró Matilde mientras dejaba al bebé entre los brazos de su madre, que instintivamente buscó sus diminutos dedos y comenzó a jugar con ellos.

El cortejo agotado que había participado en el bateo contempló la estampa un momento antes de salir cada uno a su cuarto para volver con unas ropas con menos garbo pero secas. Antes de cambiar su vestimenta y despojarse de las mantillas, algunas mujeres se atrevieron a descolgar tiestos y a arrastrar los que se encontraban en el suelo hasta la galería cubierta para evitar que el agua terminase por pudrir las plantas. En una de las esquinas del patio, un barril de madera encalado lagrimeaba el mantillo que recientemente le habían puesto al jazmín que, replegado sobre sí mismo, suplicaba el cese inmediato de aquella lluvia sin fin.

---

El frío y la tormenta hicieron que la fiesta se trasladase a la habitación de los padres donde, aunque estrechos, podían resguardarse. Las mesas que Matilde había dispuesto en torno al corredor se encontraban salpicadas por las gotas de agua que se colaban por la techumbre del primer piso. Apenas llegaban al hule se precipitaban hasta el suelo, por lo que el pasillo formado por las columnas del patio hacía rato que se encontraba anegado y el festejo allí sería poco placentero. El lugar y el ánimo de la madre harían que la celebración fuese corta, pero al menos podrían solemnizar la llegada de Adela como era de esperar en una casa donde el llanto de un bebé había sido lo más deseado por todos durante tanto tiempo.

Gregorio sacó dos botellas de Valdepeñas y una de aguardiente que había comprado hacía más de dos meses en el mercadillo del Postigo del Aceite, en previsión de que el parto pudiera adelantarse. Las dejó sobre una de las mesas que pusieron junto a la cama. Además del caldo de las dos gallinas, había tortas, bizcochos y panales servidos en bateas. Matilde ejercía de anfitriona y no descansó hasta que cada una de las bandejas quedó vacía. Cuando alguno de los vecinos se acercaba a felicitar a los nuevos padres, ella ejercía de barrera impidiendo que molestasen a la madre. En su lugar, se ocupaba de contar los pormenores del parto y el bautismo, obviando que durante todo el día los vecinos no habían hecho otra cosa que andar pendientes del nacimiento. Tomaba nota de quiénes fueron los primeros en llegar y quiénes los primeros en marchar, subrayando la ausencia de Paco. Había albergado la esperanza de que el viejo gruñón se ablandase con la llegada del bebé y compartiese esos momentos con el resto, quitando así la primera piedra del muro que existía entre ellos. Pero el viejo Paco no apareció.

Pronto todos volvieron a sus habitaciones. El día había sido largo para ellos, pero lo había sido más para Carmen, que aguardó en silencio hasta que por fin pudo estar a solas con su niña.

---

Matilde insistió en acompañarla esa noche, pero Carmen la convenció de que no era necesario, podría volver a primera hora de la mañana a ocuparse de todo. Mientras tanto, Agustín estaría con ellas. Entendía la alegría de sus vecinos y agradecía la ayuda que le habían prestado, pero su cuerpo no la dejaba disfrutar de esa fiesta. Sentía un intenso dolor en el vientre. Aún sobresalía tanto que no le dejaba verse los pies. A ese dolor se unía el que sentía más arriba. Ese era peor. No era un dolor físico, pero la ahogaba. Desde que le habían devuelto a su hija intentó alimentarla sin lograrlo. La niña dormía y no parecía interesarse en su pecho por más que ella se lo ofrecía.

Cuando todos se marcharon, agotada, también la madre sucumbió al sueño.

Un calor intenso y húmedo la despertó en mitad de la noche. Sentía una temperatura desigual bajo su brazo derecho, donde cobijaba a Adela, que seguía dormida. El resto de su cuerpo ardía. Puso su mano sobre el pecho de la niña para comprobar que respiraba. Las sábanas estaban mojadas y entre sus piernas unas punzadas agudas la hacían estremecerse cada pocos segundos. Sintió de nuevo la necesidad de empujar para expulsar el dolor de su vientre. Y lo hizo en silencio para no despertar a nadie.

Matilde apenas durmió en toda la noche. Cuando las primeras luces de la mañana se abrieron paso en un cielo todavía encapotado, ella tenía los ojos muy abiertos. Su habitación quedaba a pocos metros en diagonal de la que ocupaban Carmen y Agustín, pero tuvo que rodear la galería para evitar la laguna en la que se había convertido el patio central. Al llegar ante la puerta de su comadre se la encontró entreabierta. Por el resquicio pudo ver a Agustín sentado junto a la cama de su mujer. Sostenía con un brazo a la niña y con el otro agarraba la mano de Carmen, cuyo rostro había cubierto con una tela. Matilde se acercó a los pies de la cama y vio una mancha de sangre en el centro de la sábana. Cogió uno de los extremos y lo levantó hasta doblarlo a la mitad.

---

Algo había entre las piernas de Carmen. Algo parecido a un bebé, aplanado como si hubiese estado guardado entre las páginas de un libro y que no mediría más que la palma de su mano, con unas piernas y unos brazos finos como alambres. Un feto de pocos meses de gestación envuelto en sangre y placenta.

A las ocho muertes causadas por la tormenta, los vecinos de La Tarazona sumarían una más. Dos, si era Matilde quien hacía cuentas.

---

## II

Diez macetas habían desaparecido en diez noches diferentes a lo largo de diez meses. Simplemente, se perdieron dejando un aro de tierra seca como recuerdo de su estancia junto al pozo. Semejante acontecimiento tuvo a los vecinos en vilo durante todo un año. Ninguno de ellos sabía dónde habían ido a parar la menta y la albahaca, y a punto estaban de reforzar la verja de la calle con nuevos postigos cuando una mañana, doña Leonor, la casera, vio desde su ventana cómo el viejo Paco las sacaba una a una de su habitación para dejarlas en el suelo junto a su puerta, que era la única pintada de negro. Lo miraba escondida tras el visillo de malla de algodón bordado, que había pertenecido a su abuela, hasta que el viejo volvió a meterse dentro de su cuarto. Solo entonces salió, armada con su escoba de ramas desordenadas y barrió el patio tantas veces como necesitó para ver desfilar por allí a cada uno de sus vecinos y contarles de primera mano lo que con sus ojos había visto. Doña Leonor era una mujer oronda de pulso firme que no se dejaba amedrentar por nadie. Tenía un carácter fuerte, pero también una paciencia infinita. Realizaba cada tarea en el corral con la parsimonia de quien no tiene ninguna prisa por acabar. No le temblaba la mano si tenía que echar a algún inquilino por falta de pago, aunque apuraba al máximo los plazos. Ante la desdicha de los vecinos, alguna vez había ejercido de prestamista, con la doble intención de ayudarlos y sacar algún beneficio de ello. Si llegado el momento alguien había abandonado el corral por no

---

saldar sus deudas con ella, lo había hecho con una mano delante y otra detrás, ya que todo aquello que alguna vez hubiese poseído, en el momento de la partida estaba ya en poder de la casera. No sabía leer ni escribir, pero sabía contar. Llevaba las cuentas de cada vecino con garbanzos y habichuelas que metía en saquitos de tela: los garbanzos sumaban y las habichuelas restaban. Según decía, las legumbres nunca le habían fallado. Matilde siempre decía que era la más vieja del corral, aunque mirándola era imposible adivinar su edad: lo mismo podía tener treinta que cuarenta años. Para ella el tiempo parecía haberse detenido manteniéndola en un estado de inmutabilidad absoluta que la hacía aparentar más edad de la que tenía y, aunque en realidad solo era dos años mayor que Matilde, ya era la casera cuando ella se instaló en La Tarazana con Gregorio. Lo cierto es que llevaba allí tanto tiempo que alguien comentó un día que debía haber llegado antes que el mismísimo pozo. Por eso, y por su control milimétrico del agua que contenía y de los cubos que cada vecino debía sacar para el lavadero común, cuando no estaba presente, a veces se referían a ella como la Pocera.

La mañana en que Carmen no despertó, desapareció la primera planta de albahaca. Las que adornaban los balcones que daban a la calle fueron retiradas por las vecinas en señal de luto cuando conocieron la noticia. En apenas unas horas habían pasado de la alegría del nacimiento a la pena de la muerte. Doña Leonor cerró la hoja izquierda de la puerta del zaguán como solía hacer siempre que fallecía una mujer en la casona. Mientras lo hacía, reparó en las veces que había repetido ese mismo gesto. En total, contó nueve hojas izquierdas y tres derechas. Cuatro mujeres habían muerto en partos en los que los niños no llegaron a salir de su vientre y otras dos estando embarazadas. Algo había en aquella casa que prefería apagar la vida de las mujeres que la habitaban y que poco se atrevía con los hombres. Cerrando estaba la verja cuando Gregorio le anunció que saldría a avisar al de la funeraria mientras su mujer se encargaba de amortajar a la difunta.